Sor Juana Inés de la Cruz y Edith Stein ante el problema de la feminidad

Georgina Aimé Tapia González

Muchas batallas se han librado para que en la actualidad las mujeres tengamos la oportunidad de desarrollarnos profesionalmente y contribuir a la construcción de una cultura capaz de valorar las diferencias y enriquecerse con ellas. Desafortunadamente, algunos de los principales obstáculos que a lo largo de la historia han entorpecido, en los aspectos más diversos, el libre desarrollo del género femenino continúan siendo familiares.

Por ello, voces como la de Sor Juana Inés de la Cruz, con sus denuncias de un orden social opresivo y desigual para las mujeres, siguen esperando respuesta; o como la de Edith Stein, que mediante sus investigaciones filosóficas sobre la esencia de la feminidad intentó revalorizar la importancia del hacer de las mujeres en y para el mundo.

Si bien es verdad que dichas pensadoras vivieron en épocas y contextos históricos distintos y que sus preocupaciones intelectuales siguieron caminos disímiles, ambas experimentaron como mujeres un entorno más bien masculinizado, donde lo femenino se les reveló como mitificado y confuso. Sor Juana se detuvo ante él para contemplarlo y cuestionarlo, en tanto que Edith Stein se propuso desvelar el mito de lo femenino.

En nuestros días no son pocas las mujeres que se preguntan "¿por qué?" ante un mundo que les es hostil sólo por el hecho de ser mujeres y que, sin embargo, luchan por ocupar un lugar dentro de éste intentando redefinir el sentido de su feminidad.

Es a ese respecto, que considero relevantes las palabras que las dos intelectuales nos han legado en sus libros pues, junto a la actualidad de los problemas que plantean, podemos encontrar además propuestas para su solución.

Sor Juana Inés de la Cruz

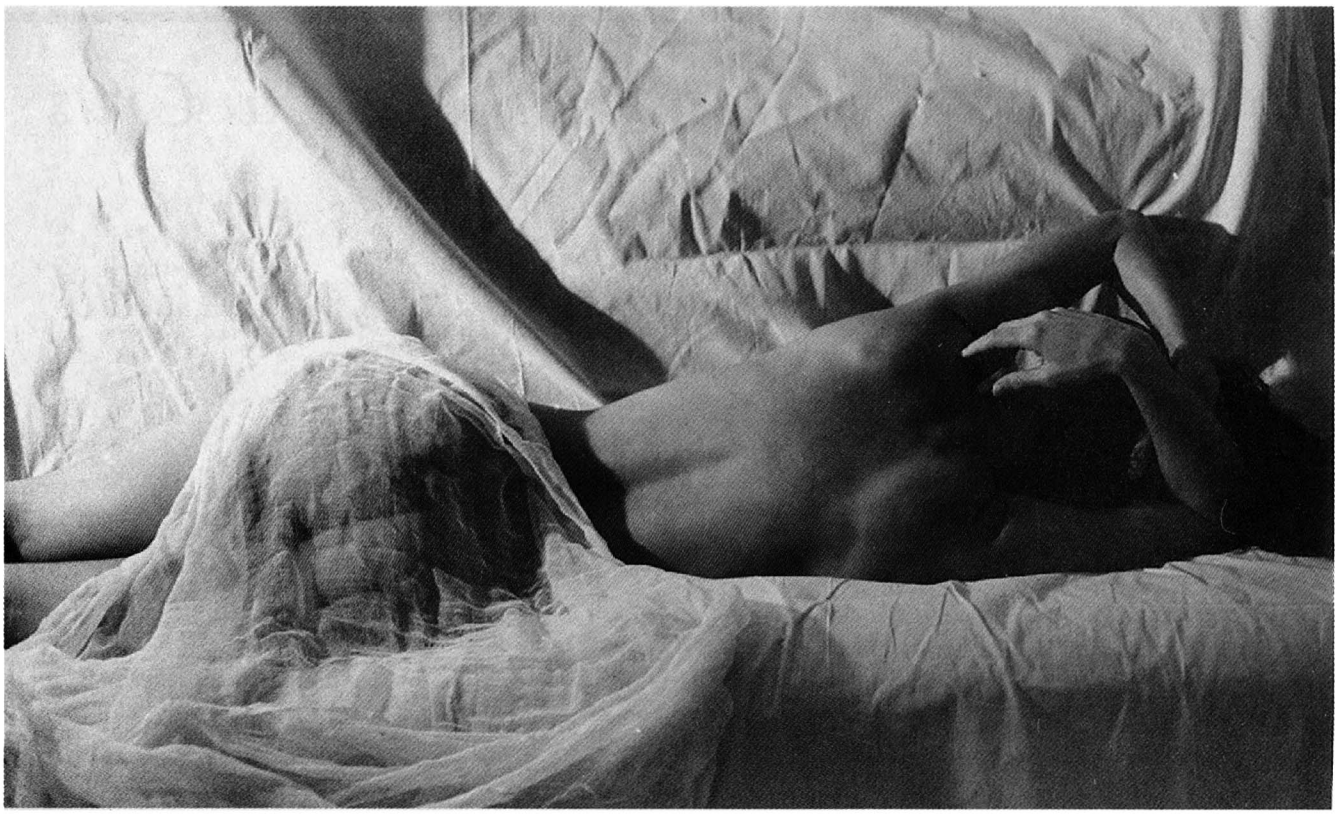
Sor Juana hizo una reflexión crítica sobre la situación del sexo femenino dentro de los límites de una sociedad machista que, al desconocer a la mujer como a un ser humano racional, y por lo tanto libre, terminó por deformar al mismo tiempo su vivencia de la masculinidad, pues al hacer callar a las mujeres privándolas del derecho a la educación, el diálogo dominante y tiránico —supuestamente masculino—, se convirtió en un monólogo a veces interrumpido por la ironía casi imperceptible de esa parte de la humanidad (víctima y cómplice) sumida en el silencio.

"Mujeres dentro de la iglesia callen", dijo el apóstol San Pablo, y se les obligó a callar no sólo dentro sino fuera de la misma, embotando sus cerebros, imposibilitando el ejercicio de sus plumas, cargando sus manos de trabajos interminables, recluyéndolas a la prisión doméstica. Sísifo se convierte en mujer, y junto a su piedra rueda pesadamente un destino impuesto, que una y otra vez amenaza con aplastarla, por lo que Sor Juana opta por el único camino posible dentro de una sociedad cerrada e intolerante: la contradice negando el silencio con sus palabras:

> [...] aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir siquiera que no se pueden decir. [Cruz, 2001, p. 828.]

Ella quiere hablar, proponer y, sobre todo, cuestionar. Pero se encuentra con que su sexo constituye un impedimento para sus propósitos; busca entonces trascender su condición de mujer mediante un platonismo donde las almas no tienen sexo. Sin embargo, esa negación (para ella, sublimación) no fue más que una afirmación de su ser femenino, que se nos revela en sus escritos como afán de saber, de interpretar, de penetrar en sí misma, para después dirigirse al mundo e interrogarlo, escudriñando sus más profundas causas; esto, por supuesto, partiendo de su feminidad, de su ser mujer.

El amor a la verdad, la búsqueda del conocimiento y el ansia de libertad fueron las directrices de su vida pues, como ella misma lo confiesa, está negada al matrimonio y quiere vivir sola para dedicarse a sus estudios con total libertad. Sin embargo, su época no se



lo permitió. Sor Juana tuvo que arreglárselas para que entre los quehaceres culinarios (que le hubiesen caído muy bien a Aristóteles) y las interrupciones de monjas desocupadas, le alcanzara el tiempo para estudiar y escribir. Por eso es desolador que, a más de tres siglos de distancia, muchas mujeres puedan sentirse identificadas con Sor Juana al tener que repartir las horas del día, que se les vuelven insuficientes, entre las faenas domésticas, el trabajo fuera de casa y, en muchas ocasiones, también en el estudio.

Ahora bien, entre las múltiples inquietudes que llenaron las horas de Sor Juana, debe haber estado presente la de enseñar; su amor a las letras y a la sabiduría difícilmente podían excluir el natural deseo de transmitir, esto es, de dar vida al saber acumulado, y no llevárselo, con incalculable perjuicio para la humanidad, a la tumba.

Ella lo niega, como negó también su necesidad de escribir:

> Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos.
>
> [Cruz, 2001, p. 829.]

Gran parte de lo que se conserva de su obra se compone, según su propio testimonio, de trabajos hechos por encargo; sin embargo, contamos con varios escritos realizados no sólo por propia voluntad, sino incluso por gusto, encabezados por el *Primero sueño*, un poema filosófico bastante original, y otros escritos en prosa y en verso, donde cerradas las cátedras a las mujeres, Sor Juana se explaya con lecciones magistrales en las que nos deja entrever una cosmovisión que abarca desde su propia gnoseología, reflexiones sobre moral, filosofía del amor y de la naturaleza, hasta una elaborada alquimia de las confituras con que se aderezaban las entrañables tertulias del México barroco.

Asimismo, el tema de la educación de las mujeres constituye uno de los tópicos principales en sus obras de carácter autobiográfico; así, por ejemplo, en la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* y en sus villancicos dedicados a *Santa Catarina* expresa la necesidad de que las mujeres, como seres racionales hechos tales por Dios, reciban una educación rica y variada que les permita desarrollarse libremente en el ámbito intelectual, si así lo dictan sus inclinaciones particulares, respetando de esa forma el derecho que deben tener de elegir cualquier otra actividad.

La educación de las mujeres, según lo propone Sor Juana, debe estar a cargo de "ancianas doctas" [Cruz, 2001, p. 842], que, de una generación a otra, transmitan los conocimientos y la sabiduría a sus alumnas.

♦♦♦

Tras esta afirmación, además del resguardo de las buenas costumbres de la época, me parece que Sor Juana quiere hacer evidente no sólo la capacidad de enseñar de las mujeres, sino también la conveniencia de que las mujeres sean formadas a su vez por mujeres para que, contando con modelos femeninos en el quehacer educativo, se conserve su feminidad individual y no se pierda en un mundo que a fuerza de mitificar lo femenino, ha terminado por caricaturizar el rol sociocultural de ambos sexos.

Edith Stein

Edith Stein va más lejos que Sor Juana en sus reflexiones sobre la mujer, pues, si por una parte considera las desigualdades existentes y las reprueba, por la otra, se dirige a indagar ¿qué es una mujer?, ¿cuál es su esencia? y ¿qué se entiende por feminidad?; preguntas con las que hace patente la necesidad de que la antropología filosófica ensanche sus límites y de que, al preguntarse sobre la esencia del hombre, en lugar de aferrarse a un falso universalismo, haga la distinción entre mujer y varón, así como las investigaciones pertinentes.

Edith Stein se inquieta ante su propio ser y no está dispuesta a aceptar que, explícita o implícitamente, la mujer siga siendo considerada como "el demonio del abismo" [Stein, 1998, p. 107], un ser misterioso al que se le regatea su humanidad. Es en este sentido que considera como producto de la naturaleza caída las duras sentencias que San Pablo dirige a las mujeres.

A Stein su feminidad se le revela de manera distinta que a Sor Juana; a ella no se le impide acudir a la universidad, ni se la priva de maestros y compañeros. Ella es la filósofa, la doctora Stein, la alumna del padre de la fenomenología: Edmundo Husserl; la compañera de Heidegger, Scheler, Reinach, Eduvigis Conrad Martius, etcétera. Su feminidad no la desgarra pero se le impone a cada paso como su modo de ser:

> Nuestro sentido y vida se nos imponen como problema. No podemos evadir la cuestión de qué somos y qué debemos ser. Y no sólo está frente a nosotros la inteligencia que reflexiona. La vida misma ha convertido nuestra vida en un problema.
>
> [Stein, 1998, p. 107.]

Edith Stein, según ha dejado escrito en su libro *La mujer. Su misión según la naturaleza y la gracia,* parte del hecho de que la mujer se experimenta en el mundo mediante un cuerpo y un alma con características muy especiales que la distinguen del varón. Partiendo de la sentencia tomista que define el alma como la forma del cuerpo, Edith Stein llega a la conclusión de que el alma de la mujer es diferente a la del varón, y por tanto, es un "tipo humano diferente" [Stein, 1998, p. 57]. Para ejemplificarlo, se vale de personajes femeninos de grandes obras literarias como Nora de Ibsen, Ingunn de Sigrid Undset e Ifigenia de Goethe, y aunque cada una representa a tipos de mujeres distintas, un rasgo que las une es su deseo de compartir el amor, único capaz de redimir y obrar milagros.

Sin embargo, Edith Stein, el ser humano, si bien tiene la posibilidad de llegar a alcanzar plenamente su esencia, ésta no se le da gratuitamente, sino al cabo de grandes esfuerzos, por lo que la esencia femenina es algo que las mujeres tenemos que luchar por conquistar. Lo cual no significa que se quiera encasillar a todas las mujeres dentro de una concepción fija e inmutable, sino todo lo contrario, pues para la filósofa, la persona, sujeto dotado de razón y libertad es, así mismo, única y peculiar. Sus reflexiones se encaminan precisamente a esa peculiaridad propia de cada mujer y a los grandes beneficios que la revalorización de esa diversidad puede traer a nuestra sociedad.

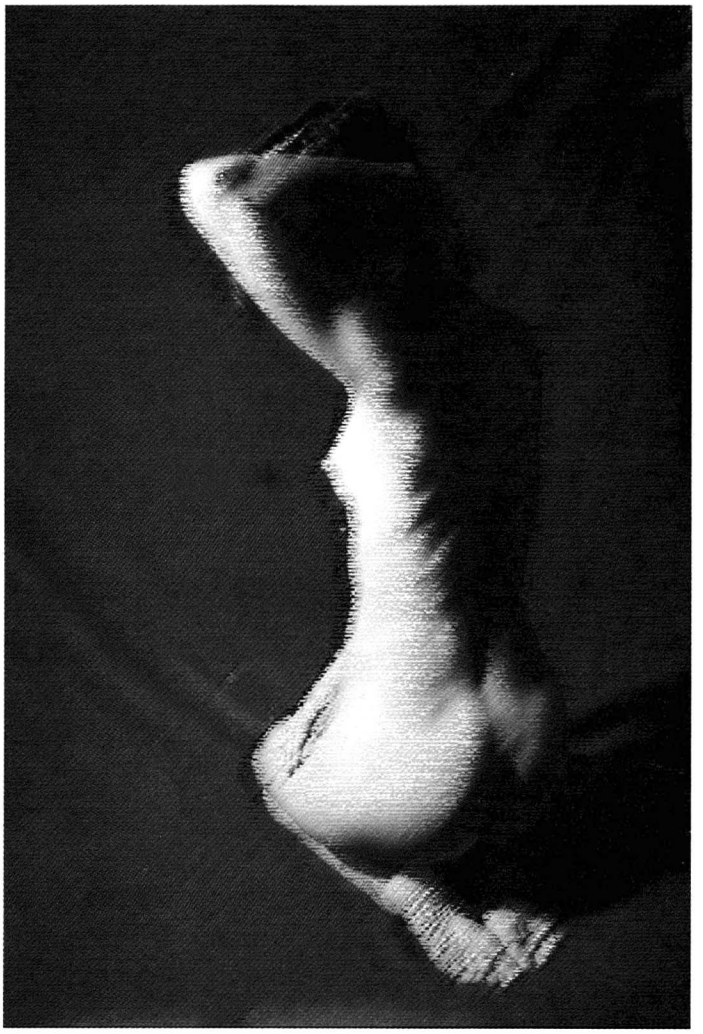
Hasta aquí hemos enfatizado sobre lo femenino sin haber aclarado el sentido que este término encierra en sí. Pues bien, según Edith Stein la esencia de la feminidad es la maternidad, que abarcando el cuerpo y el alma de la mujer tiene un sentido que no se reduce a lo corporal e incluso puede prescindir de ello, y que se manifiesta en las más diversas actividades de las mujeres: como maestra, doctora, abogada, secretaria, empleada de una fábrica, etcétera. La maternidad es esa inclinación hacia la totalidad, a lo concreto, a lo vivo y personal. Claro está que esa inclinación femenina, fundamentalmente diversa a la masculina, que tiende hacia lo abstracto-impersonal puede ser formada o deformada (y que tanto hombres como mujeres pueden incluir en su personalidad), torciéndose en lo referente a la feminidad en superficialidad e indiscreción.

Llegamos así a un punto esencial de la filosofía sobre la mujer desarrollada por Edith Stein, éste es, la formación femenina que se fundamenta en el reconocimiento de la mujer en su peculiaridad y dignidad como un ser humano diferente al varón, con necesidades formativas diversas, ya que: "las mujeres, en armonía con su naturaleza y destino, deben ser formadas por mujeres auténticas" [Stein, 1998, p. 133].

La obra de Edith Stein intenta reconciliar a la mujer con un destino que no se le impone trágicamente, sino que ella misma debe construir. Sísifo mujer toma su piedra y edifica; ¿cómo?, con base en la formación de la juventud, en especial de la femenina, como madre dentro y, sobre todo, fuera del

♦♦♦

hogar, realizándose en diversas profesiones y entregando su ser en aras de una sociedad menos egocéntrica y cerrada. Según Stein, las mujeres podemos desempeñarnos en cualquier actividad y hacerlo bien, sin embargo, existen ciertas profesiones femeninas que son las que responden a la vocación de las mujeres hacia lo concreto y personal, y a su interés en la totalidad de la persona, e incluso, aquellas profesiones no consideradas como femeninas pueden convertirse en tales cuando son desarrolladas por mujeres auténticas y plenas. De acuerdo con Edith Stein, las mujeres tenemos una importante misión cultural y social, que enriquece y complementa el universo de la creación masculina; no lo contradice ni mucho menos lo niega, sino que viene a recordar que ahí está la otra mitad de la humanidad y que es necesario darle su lugar para lograr una cultura que sea verdaderamente universal, abierta a la diversidad y capaz de engendrar mujeres y varones más plenos, conscientes del valor de su propio ser como reflejo de la trascendencia.



A manera de conclusión

Finalmente, pues, tanto Sor Juana como Edith Stein coinciden en la necesidad de incluir modelos femeninos en la formación de las mujeres. Así, la pensadora mexicana recalca en su prosa y en sus versos las cualidades de las grandes mujeres protagonistas de la historia, mientras que la filósofa alemana subraya la importancia de los ejemplos femeninos no sólo dentro del ámbito intelectual, sino además en todas las variedades del hacer humano. Las mujeres deben ser educadas por mujeres auténticas; *ancianas doctas* para Sor Juana, *madres sabias* para Edith Stein. Mujeres que viven su feminidad con libertad, y que por medio de una educación variada, abierta, flexible y plural, han de conducir rectamente a la juventud femenina en su trabajo de autoformación.

Lo anterior no significa que la feminidad constituya un mundo cerrado en sí mismo, todo lo contrario, pues si las mujeres nos hemos visto obligadas por la aspereza del mundo exterior a replegarnos y reflexionar sobre nuestro ser, no ha sido para apartarnos o construirnos un mundo alterno, sino para intentar comprender aquél en el cual vivimos e integrarnos en él con todas nuestras potencialidades.

Ambas pensadoras se percataron de que la feminidad y la masculinidad, más que conceptos, son vivencias que se relacionan profundamente entre sí, y que del empobrecimiento de la una se sigue el desgarramiento de la otra. Hasta hoy ha sido el género femenino al que se le ha cuestionado y vituperado de las formas más injustas sólo por ostentar diferencias respecto al género dominante. Sor Juana y Edith Stein replantean dicho cuestionamiento, y ahora corresponde a las mujeres el interrogar y lanzar desde una nueva perspectiva las preguntas fundamentales acerca del fin y sentido de la existencia humana, con el propósito de afirmar el valor de la feminidad en el camino hacia un vivir con mayor calidad y plenitud. ♦

Bibliografía

Cruz, Sor Juana Inés de la (2001). *Obras completas*. México: Porrúa, colección: "Sepan cuántos".

Stein, Edith (1998). *La mujer. Su misión según la naturaleza y la gracia*. Traducción del P. Alberto Pérez Monroy, Edita: Provincia O.C.D. de México.